

Prólogo

«Lo más grave de esta época cargada de gravedad es que aún no pensamos». Esta lúcida advertencia del filósofo Martin Heidegger puede fácilmente ser tachada de pesimismo, pero tal acusación queda invalidada por el hecho clamoroso de que son muy pocos los que piensan, y muchos menos los que discurren con acierto, es decir, los que piensan bien.

Si, como en un sobresalto, caemos en la cuenta de que lo común y corriente es pensar poco y de cualquier manera, el empeño de pensar bien se abre ante nosotros como un reto y una incitación.

El desafío de pensar bien equivale a encontrar otro modo de pensar. Y esta es, precisamente, la ayuda que ofrece el libro que el lector tiene entre sus manos.

Pensar: no hay faena más difícil y evasiva. Todo conspira para que no la llevemos a cabo. Nos da miedo enfrentarnos con la realidad pura y dura. Y mucho más si hemos de hacerlo por nuestra cuenta y riesgo, es decir, solos. Pero vincular la reflexión con el aislamiento y la soledad parece un error romántico que es preciso superar cuanto antes. El *robinsonismo* intelectual no lleva muy lejos. De hecho, el pensamiento humano es esencialmente dialógico: hemos de pensar en diálogo con otros, a quienes ofrecemos nuestras ideas y de quienes acogemos otras ideas con agradecimiento.

Siempre se piensa con otros. Hemos de contar con los libros, los amigos, los colegas, los consejeros e, incluso, los críticos y los contrincantes. La tarea de cavilar –por callada que parezca– constituye siempre una celebración coral. En el despliegue de la sinfonía no siempre cabe distinguir quién da el do de pecho y qué otro falla la nota. Sólo así es un canto real y humano, en el que si alguien desafina se ve salvado de su error y llevado como en volandas por otras voces más acertadas.

Seamos muchos o pocos –uno solo, incluso– nuestro único interlocutor es la verdad. Y lo terco del caso es que la verdad tiende a ocultarse, siempre esquiva, como si quisiera no caer una vez más en el equívoco y la ambigüedad. El empeño por desnudar la verdad de sus disfraces y tratar de hacerla resplandecer ante nuestros ojos no es tarea mollar, sino fatigosa y lenta. No todos son capaces de proseguir en ese trabajo de rechazar equívocos y superar apariencias.

Para pensar bien, hay que aprender a pensar. Lo cual equivale a no dejarse llevar por los tópicos imperantes. Porque la verdad no suele estar entre el polvo del camino, ni se la tropieza uno mientras se dedica a tararear tonadas a la moda. La condición básica que se requiere es amar la verdad, sea cual fuere el resultado que nos depare o la situación a la que nos conduzca. Amar la verdad, cueste lo que cueste, es el único sendero que nos aparta de los tópicos manidos, convencionales, y nos ayuda a librarnos de la sumisión.

Pero, reconozcámoslo, hoy por hoy –y por discordante que suene– es la sumisión la que manda. La manera más socorrida de no reconocer algo tan molesto –humillante incluso– consiste paradójicamente en suponer que el sometimiento es algo impuesto por otros y rechazado (sin éxito) por quienes lo padecemos. No es así. Por su propia índole, la sumisión es algo aceptado –procurado incluso– porque nos descarga del peso casi insoportable de la libertad.

El atractivo de la sumisión estriba en que no conlleva esfuerzo ni implica responsabilidad. Presenta todas las ventajas de lo dado y ninguno de los duros inconvenientes de aquello que sólo se alcanza con el empeño y el compromiso personal. La carga de libertad se nos puede haber hecho demasiado gravosa y hemos ido descubriendo que no pasa nada si prescindimos de ella.

Ahora bien, tampoco es labor fácil aceptar esta descripción, por más que su realidad sea tan patente que roce lo obvio. Porque, en rigor, son pocos los humanos que realmente deciden. La mayoría –de grado o por fuerza– se deja llevar. Aunque queda en pie la necesidad de que algunos, por pocos que sean, han de tomar decisiones y proponerlas –¿o imponerlas?– a otros.

La antropología contemporánea y, cada vez más, la actual sociología política, están esforzándose por resolver el problema (teóricamente, al menos) de saber quién es el que decide. Porque es posible que resulte una simpleza atribuir, sin más, el protagonismo de las decisiones y actuaciones a un «yo» o, incluso, a un «nosotros». Cuando la evidencia más palmaria nos manifiesta que no se sabe, a ciencia cierta, quiénes son los protagonistas de la mayor parte de las decisiones. Entre los pocos recuerdos directos que guardo de mis estudios de gramática elemental, con frecuencia me vienen a la memoria esos ejemplos de las denominadas «frases impersonales»: «se dice», «se cuenta», «se persigue a los malhechores». Pero ¿Quién dice?, ¿quién cuenta?, ¿alguien sabe quién o quiénes persiguen a los malhechores? Gracias al impersonal «se», nuestro lenguaje se va descargando de exigencias de personalización y protagonismo que, si hubiéramos de responder de ellas, nos obligarían a permanecer mudos sin remedio.

Martin Heidegger ha visto con lucidez que el protagonismo de las acciones –por llamarlas así– se ha de atribuir al impersonal «se» o al no menos etéreo «uno»: el «*man*» germano. A esta atribución le cuadra magníficamente la «inautenticidad» que Heidegger le

atribuye. Se trata de un protagonismo presunto que no es auténtico porque realmente no responde a decisiones y acciones de un sujeto libre y consciente. La carga de la decisión —y de la acción que la sigue— se transfiere a uno cualquiera que no es nadie en particular ni tampoco todos en general, sino un «uno» indeterminado y envolvente. Ese tal sujeto indeterminado, pero no por ello menos real, es el que impone sus decisiones y nos somete de manera inapelable.

Se podría argüir que eso era antes, cuando las personas reales y concretas no tenían medios para expresar sus opiniones o preferencias. Pero ahora, no. Ahora disponemos de una imponente parafernalia de medios informáticos y telemáticos que nos permiten articular y transmitir nuestras posturas y preferencias a cualquier persona o grupo, por lejos que se encuentre.

Aunque, de entrada, no deja de ser paradójico —contradictorio, incluso— que la expresión de lo más propio y personal de cada uno se confíe al medio más impersonal y menos consciente de que disponemos: máquinas, activadas por corrientes eléctricas o secuencias electrónicas iguales para todos.

Es una lástima, entonces, que casi siempre una toma de postura nuestra se pierda entre los miles y millones de mensajes que se intercambian por una red virtual, o por cualquier otro medio telemático y, por ello, impersonal. Queda así consagrada nuestra consideración de «uno», uno entre muchos, uno más, que —en el mejor de los casos— resultará integrado en una estadística de preferencias que pronto se diluirá en el tráfico informático. El pensamiento se automatiza, se cosifica y se trivializa. La persona cuenta cada vez menos y sus ideas pasan a ser consideradas ocurrencias iguales a otro millón de ellas; o diferentes, que resulta todavía peor.

¿Cómo escapar de la irrelevancia y del sometimiento? Todo parece invitar a sumergirse en la corriente principal. La gravedad de la situación no permite trivializarla. Heidegger no encuentra

salida pero tiene, al menos, la seriedad de reconocer que la encrucijada es inevitable y, en cierto sentido, insuperable.

Quizás sea más cierto que el propio pensamiento nos ofrece una salida y el impulso para seguirla. Es la única realidad inmaterial con la que nos topamos en este tráfago de materialidades. Y, por inmaterial, es libre. Porque el pensamiento no es emergencia ni decantación de la corporalidad. El pensamiento es «de suyo» y, por lo tanto, no sometido algo exterior o mostrenco. Es libre y personal. Por eso cabe pensar bien o pensar mal. Y en esta alternativa es donde la mujer y el hombre se la juegan. Porque en tal elección fundamental se encuentran la posibilidad de la alienación o la posibilidad de la existencia lograda. La primera se generaliza y se impone. La segunda se descubre y emerge: es el *otro modo de pensar*.

ALEJANDRO LLANO

Pamplona, 6 de enero de 2016